

LA DINÁMICA DE LO INCONSCIENTE

CARL GUSTAV
JUNG

OBRA COMPLETA
VOLUMEN 8
EDITORIAL TROTTA

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de pro Helvetia,
Fundación suiza para la cultura y de Erbgemeinschaft C. G. Jung

CONTENIDO

1. SOBRE LA ENERGÉTICA DEL ALMA	5
I. Generalidades sobre el punto de vista energético en la psicología	5
A. Introducción	5
a. El sistema de valores subjetivo	11
b. La apreciación objetiva de la cantidad	12
II. La aplicación del punto de vista energético	16
A. El concepto psicológico de energía	16
B. La conservación de la energía	20
C. La entropía	27
D. Energetismo y dinamismo	30
III. Los conceptos fundamentales de la teoría de la libido	34
A. Progresión y regresión	34
B. Extraversión e introversión	42
C. El desplazamiento de la libido	43
D. La creación de símbolos	47
IV. El concepto primitivo de libido	63
2. LA FUNCIÓN TRANSCENDENTE	69
3. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA TEORÍA DE LOS COMPLEJOS	97
4. EL SIGNIFICADO DE LA CONSTITUCIÓN Y LA HERENCIA PARA LA PSICOLOGÍA	111
5. DETERMINANTES PSICOLÓGICOS DEL COMPORTAMIENTO HUMANO	117
A. Fenomenología general	118
B. Fenomenología especial	123
6. INSTINTO E INCONSCIENTE	129
7. LA ESTRUCTURA DEL ALMA	141

CARL GUSTAV JUNG OBRA COMPLETA

EDICIÓN BAJO EL CUIDADO
DE LA FUNDACIÓN C. G. JUNG

COMISIÓN CIENTÍFICA:
LUISA MARÍA FROUFE
ENRIQUE GALÁN
MARÍA LUISA MORALES

TÍTULO ORIGINAL: DIE DINAMIK DES UNBEWUSSTEN

© EDITORIAL TROTTA, S.A., 2004
FERRAZ, 55. 28008 MADRID
TELÉFONO: 91 543 03 61
FAX: 91 543 14 88
E-MAIL: TROTTA@INFONET.ES
HTTP: //WWW.TROTTA.ES

© WALTER VERLAG, 1995
© DOLORES ÁBALOS, PARA LA TRADUCCIÓN, 2004

DISEÑO
GALLEGO & PÉREZ-ENCISO

ISBN: 84-8164-298-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN: 84-8164-586-9 (VOLUMEN 8)
DEPÓSITO LEGAL: M-52.994-2003

IMPRESIÓN
MARFA IMPRESIÓN, S.L.

8. CONSIDERACIONES TEÓRICAS ACERCA DE LA ESENCIA DE LO PSÍQUICO	161
A. La cuestión de lo inconsciente en la historia	161
B. La importancia de lo inconsciente para la psicología	168
C. La disociabilidad de la psique	175
D. Instinto y voluntad	180
E. Consciencia e inconsciente	186
F. Lo inconsciente como consciencia múltiple	192
G. <i>Pattern of behaviour</i> y arquetipo	201
H. Reflexiones generales y perspectivas	217
Epílogo	227
9. PUNTOS DE VISTA GENERALES ACERCA DE LA PSICOLOGÍA DE LOS SUEÑOS	237
10. DE LA ESENCIA DE LOS SUEÑOS	281
11. LOS FUNDAMENTOS PSICOLÓGICOS DE LA CREENCIA EN LOS ESPÍRITUS	299
12. ESPÍRITU Y VIDA	319
13. EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA PSICOLOGÍA ACTUAL	339
14. PSICOLOGÍA ANALÍTICA Y COSMOVISIÓN	359
15. REALIDAD Y SUPRARREALIDAD	383
16. EL PUNTO DE INFLEXIÓN DE LA VIDA	387
17. ALMA Y MUERTE	403
18. SINCRONICIDAD COMO PRINCIPIO DE CONEXIONES ACAU- SALES	415
Prólogo	415
A. Exposición	416
B. Un experimento astrológico	451
Apéndice	472
C. Los precursores de la idea de sincronicidad	473
D. Conclusión	492
Addenda	506
19. SOBRE SINCRONICIDAD	509
Bibliografía	521
Índice onomástico	535
Índice de materias	541

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Enrique Galán Santamaría

En la obra de Carl Gustav Jung abundan las referencias gnoseológicas (relativas al conocimiento) y epistemológicas (relativas al conocimiento científico). No en vano la noción de inconsciente remite a la de consciencia, traducción directa en nuestro idioma de la palabra latina *conscientia*, conocimiento. Desde sus primeros textos, las conferencias dictadas en el club universitario Zofingia de los años 1896, 1897 y 1898, de título bien explícito («Las zonas limítrofes de la ciencia exacta», «Algunas reflexiones sobre la psicología» y «Reflexiones sobre la naturaleza y el valor del pensamiento especulativo») hasta el último escrito, ya póstumo, publicado originalmente como «Acercamiento a lo inconsciente», el pensamiento junguiano presta especial atención a las dificultades de objetivación del fenómeno psíquico, que fenomenológicamente se presenta como un hecho subjetivo. ¿Qué otra cosa es la psicología sino una ciencia del sujeto? Ahora bien, ¿cómo mostrar la existencia de un sujeto objetivo inconsciente: el sí-mismo? Y, sobre todo, ¿cómo conoce ese sí-mismo?

Jung se presenta continuamente como un empírico. Y siempre fue esa su respuesta a quienes le tenían por místico, cuando no visionario. Como científico natural en la frontera entre el positivista siglo XIX, en cuyos últimos años cursa sus estudios de Medicina en la Universidad de Basilea, y el futurista siglo XX, cuando desarrollará su obra entre 1900 a 1961, Jung atraviesa las revoluciones científicas que jalonan el siglo XX y ofrece su aportación en el ámbito propio de la psicología, que desde el último cuarto del siglo XIX se quiere ciencia natural.

nios y dioses los que provocan los efectos extraordinarios. Tal y como subraya Lehmann con razón, el *mana* todavía no tiene nada de «divino», por lo que tampoco se debe ver en el *mana* la forma primigenia de una idea de Dios. No obstante, no se puede negar que el *mana* es una condición previa necesaria o, al menos, muy importante para la aparición de la idea de Dios, aunque quizá no la más primitiva de todas ellas. Otra condición previa imprescindible es el factor de la personificación, para cuya explicación habría que hacer referencia además a otros factores psicológicos.

130 La propagación casi universal de la primitiva concepción de la energía es una clara señal de que, ya en sus primeros estadios, la consciencia humana sentía la necesidad de designar de un modo gráfico y expresivo el dinamismo percibido del acontecer anímico. Por ello, cuando insistimos en nuestra psicología sobre la concepción energetista sintonizamos con los hechos psíquicos que desde tiempo inmemorial están sepultados en el espíritu humano.

puentes para cruzar los ríos, se transforman en animales, pero por lo demás no poseen personalidad alguna ni tienen una forma definida. Algo similar ocurre con la concepción del *ajik* de los elgeyo, del norte de Kenia, como yo mismo he observado.

LA FUNCIÓN TRANSCENDENTE*

PRÓLOGO

El presente ensayo fue escrito en 1916. Recientemente descubierto por los estudiantes del Instituto C. G. Jung, se ha publicado como edición particular en su primera versión provisional, aunque traducido al inglés. He revisado estilísticamente el manuscrito, sin perjuicio de su ideario ni de la inevitable limitación de sus horizontes, con el fin de darle una forma lista para su publicación. Al cabo de cuarenta y dos años, el problema no ha perdido nada de actualidad, si bien su exposición requeriría muchas ampliaciones, como podrá observar a simple vista cualquier conocedor de la materia. Por desgracia, mi avanzada edad no me permite someterme a tan considerable esfuerzo. De ahí que este ensayo, con todas sus imperfecciones, pueda tener el valor de un documento histórico y sirva para dar a conocer los esfuerzos de comprensión que supusieron los primeros intentos de interpretar sintéticamente el acontecimiento psíquico en el proceso psicoterapéutico. Dado que al menos sus reflexiones fundamentales siguen hoy teniendo validez, tal vez le sirva de estímulo al lector para profundizar en la comprensión de este problema, que no es otro sino la siguiente cuestión universal:

* Escrito en 1916. El manuscrito permaneció hasta 1953 entre los documentos del autor. En 1957 apareció traducido al inglés en una edición particular publicada por los estudiantes del Instituto C. G. Jung de Zúrich. El original alemán, revisado por el autor, constituyó su aportación a *Geist und Werk. Aus der Werkstatt unserer Autoren. Zum 75. Geburtstag von Dr. Daniel Brody, Rhein, Zúrich, 1958.*

¿Cómo examinar a fondo lo inconsciente desde un punto de vista práctico?

Ésta es la pregunta que se plantea la filosofía de la India, sobre todo el budismo y la filosofía zen. Pero indirectamente es también la cuestión práctica fundamental de todas las religiones y filosofías.

Lo inconsciente no es tal cosa o tal otra, sino algo desconocido que nos afecta directamente. Aunque nos parece algo psíquico, su naturaleza real es tan difícil de reconocer como la de la materia (o tan fácil, si uno quiere expresarse de forma optimista). Pero mientras que la física es consciente del carácter de modelo de sus enunciados, las filosofías religiosas se expresan metafísicamente e hipostasían sus imágenes. Quien siga sosteniendo este último criterio no podrá entender el enunciado psicológico, al que tachará de metafísico o de materialista o, por lo menos, de agnóstico, cuando no de gnóstico. De ahí que estos críticos todavía medievales me acusen unas veces de místico y gnóstico y otras de ateo. He de subrayar que este malentendido es el principal obstáculo para la comprensión: se trata de cierta laguna cultural que no conoce todavía la crítica del conocimiento y, por ese motivo, supone ingenuamente que el mito ha de ser históricamente verdadero o, de lo contrario, no es nada en absoluto. Para esta gente la utilización de enunciados mitológicos y folcloristas en relación con circunstancias psicológicas es algo completamente «acientífico».

Con este prejuicio se cierra el acceso a la psicología de lo inconsciente y, con ello, el camino que lleva a la evolución del interior del hombre, cuyo fracaso intelectual y moral es uno de los descubrimientos más dolorosos de nuestra época. Todo el que tiene algo que decir habla de que «se debería hacer tal cosa» y «habría que hacer tal otra», sin darse cuenta de que así está admitiendo su propio y lamentable desvalimiento. Todos los remedios que pueda aconsejar son precisamente los que le han fallado. La psicología, en su significado más profundo, es *autoconocimiento*. Pero como éste no puede ser fotografiado, enumerado, pesado ni medido, se califica de acientífico. Pero ¿acaso el hombre psíquico, todavía desconocido, que se dedique a la ciencia es también «acientífico» y, por tanto, indigno de seguir investigando? Si el mito no caracteriza al hombre psíquico, hay que negarle entonces también al tejedor su nido y al ruiseñor su canto. Hay motivos suficientes para suponer que el hombre, en general, tiene una aversión profundamente arraigada a saber algo más de sí mismo y que ahí reside la verdadera causa por la

que, en comparación con todo el progreso exterior, no hayan tenido lugar una evolución y un perfeccionamiento internos equivalentes.

Apéndice para la edición inglesa de la Obra completa

El método de la «imaginación activa» es el principal recurso para la producción de aquellos contenidos de lo inconsciente que, por así decir, se hallan por debajo del umbral de la consciencia y que, una vez intensificados, serían los primeros en irrumpir espontáneamente en ella. De ahí que este método tenga sus peligros y no debiera ser aplicado sin un control médico. Otro riesgo menor consiste en no obtener ningún resultado, pues es fácil que su *procedere* se convierta en la denominada «asociación libre» de Freud, con lo que el paciente va a parar a la estéril órbita de sus complejos, de la que, naturalmente, seguirá sin poderse liberar. Otro riesgo, en sí mismo inofensivo, estriba en que, aunque se produzcan contenidos auténticos, el paciente sin embargo sólo les preste un interés exclusivamente estético, con lo que permanecerá aferrado a su aspecto fantasmagórico; como es obvio, así no se consigue nada. El sentido y el valor de estas fantasías no se revelan hasta que están integradas en el conjunto de la personalidad, es decir, hasta que uno no afronta su verdadero sentido y se enfrenta a ellas moralmente.

Finalmente, un tercer peligro —y, en determinadas circunstancias, ésta es una cuestión muy delicada— reside en que los contenidos subliminales posean una carga energética tan elevada que una vez abierta la puerta mediante la imaginación activa venzan a la consciencia y tomen posesión de la personalidad. De ahí surge un estado que —al menos, temporalmente— no se diferencia de una esquizofrenia y que incluso puede convertirse en un intervalo auténticamente psicótico. Así pues, este método no es ningún juego para niños. El menosprecio del que generalmente es objeto lo inconsciente contribuye de forma considerable a la peligrosidad del método. Por otro lado, sin embargo, supone un recurso psicoterapéutico inestimable.

Küsnacht, septiembre de 1959.

C. G. JUNG

131 Bajo el nombre de función transcendente no ha de entenderse nada misterioso ni, por así decir, metafísico, sino una función psicológica que, a su manera, puede ser comparada con la función matemática del mismo nombre que articula números imaginarios y reales. La «función transcendente» psicológica deriva de la unión de los contenidos *conscientes e inconscientes*.

132 Cualquiera que se dedique a la psicología analítica sabrá por experiencia que la consciencia y lo inconsciente rara vez coinciden en cuanto a contenido y tendencia. Esta falta de paralelismo no es, como demuestra la experiencia, fortuita ni casual, se basa en que lo inconsciente se comporta respecto a la consciencia de manera compensatoria o complementaria. Esto mismo puede formularse también al revés y decir que la consciencia se comporta de manera complementaria respecto a lo inconsciente. Esta relación se debe a que: 1.º) los contenidos de lo inconsciente poseen un valor de umbral, de tal manera que todos los elementos demasiado débiles se quedan en lo inconsciente; 2.º) la consciencia, en virtud de sus funciones direccionales, ejerce una inhibición sobre cualquier material incompatible (que Freud denominó censura), por lo que este material incompatible queda a merced de lo inconsciente; 3.º) la consciencia constituye el proceso de adaptación momentánea, mientras que lo inconsciente abarca todo el material olvidado del pasado individual, así como todas las huellas de las funciones estructurales dejadas por el espíritu humano en general; y 4.º) lo inconsciente abarca todas las combinaciones de las fantasías que todavía no se han vuelto supraliminales y que, con el paso del tiempo, dadas las circunstancias adecuadas, saldrán a la luz de la consciencia.

133 Del conjunto de estos factores se desprende por sí sola la actitud complementaria de lo inconsciente respecto a la consciencia.

134 La direccionalidad y carácter concreto de los contenidos de la consciencia son propiedades muy tardíamente adquiridas en la historia de la filogénesis, de las que, por ejemplo, el hombre primitivo actual carece en gran medida. Asimismo, estás muy quebrantadas en el neurótico, que se diferencia de una persona normal en que su umbral de consciencia es más desplazable o, dicho en otros términos, su pared divisoria entre la consciencia y lo inconsciente es más permeable. El psicótico, finalmente, se halla completamente bajo la influencia directa de lo inconsciente.

135 La direccionalidad y carácter concreto de la consciencia son una conquista importantísima que la humanidad ha obtenido a base de los mayores sacrificios y que le han prestado grandes servicios. Sin ello, sencillamente no existirían ni la ciencia ni la técnica ni la civilización, pues todas ellas requieren persistencia, regularidad, determinación y direccionalidad del proceso psíquico. Desde el funcionario de grado superior, pasando por el médico o el ingeniero, hasta el jornalero, estas propiedades son para todos un requisito indispensable. En general, la falta de valor social aumenta en la medida en que estas propiedades son derogadas por lo inconsciente. De todos modos, también hay excepciones en este sentido, como por ejemplo las dotes creativas. Quienes las poseen sacan provecho precisamente de la permeabilidad de su pared divisoria entre la consciencia y lo inconsciente. En cambio, para las organizaciones sociales, que requieren regularidad y fiabilidad, estas personas excepcionales no valen gran cosa.

136 Por esta razón, no sólo es comprensible, sino también imprescindible, que el proceso psíquico sea en cada caso lo más firme y determinado posible, pues así lo exigen las necesidades de la vida. La ventaja de estas propiedades va, sin embargo, unida a un gran inconveniente: el hecho de estar dirigidas implica la inhibición o exclusión de todos aquellos elementos psíquicos que, aparente o realmente, sean incompatibles, es decir, que puedan desviar de su sentido la dirección previamente trazada y encauzar el proceso hacia un objetivo no deseado. ¿Y en qué se reconoce que el material psíquico adicional es «incompatible»? Este reconocimiento se basa en un acto de juicio que establece la dirección del camino emprendido y deseado. Este juicio es unilateral, ya que escoge un solo camino a costa de todas las demás posibilidades. El juicio parte siempre de la experiencia, es decir, de lo que ya es conocido. Así pues, por regla general, nunca se basa en lo nuevo, que todavía es desconocido y que, en determinadas circunstancias, podría enriquecer substancialmente el proceso dirigido. Y es natural que no pueda basarse en lo nuevo, por cuanto que los contenidos inconscientes no pueden alcanzar la consciencia.

137 Por medio de estos actos de juicio, el proceso dirigido se vuelve necesariamente unilateral, aun en el caso de que el juicio racional sea general y aparentemente sin prejuicios. Al fin y al cabo, incluso la racionalidad del juicio puede ser un prejuicio, puesto que es racional aquello que nos parece razonable. En consecuencia, lo que no nos parece razonable es excluido pre-

cisamente por su carácter irracional, el cual, aunque realmente puede ser irracional, también puede que sólo nos lo parezca sin serlo.

138 La unilateralidad es una propiedad inevitable, por necesidad, del proceso dirigido, ya que toda dirección es unilateral. La unilateralidad es una ventaja y a la vez un inconveniente. Aun en el caso de que no parezca haber ningún inconveniente externamente reconocible, sin embargo hay siempre una contraposición igualmente pronunciada en lo inconsciente, a no ser que se trate directamente del caso ideal de una completa coincidencia de todos los componentes psíquicos en una misma dirección, un caso cuya posibilidad teórica es indiscutible pero que rara vez se da en la práctica. La contraposición en lo inconsciente es inofensiva mientras no presente valores energéticos superiores. Pero si a consecuencia de una excesiva unilateralidad aumenta la tensión entre los opuestos, la contratendencia irrumpe en la consciencia, y lo hace, por lo general, precisamente en el momento en que más importancia tendría la puesta en práctica del proceso dirigido. Eso le pasa, por ejemplo, al orador que se equivoca al hablar precisamente cuando más le importa no decir ninguna tontería. Ese momento es crítico porque acusa la máxima tensión energética, la cual, estando lo inconsciente ya cargado, salta y desencadena el contenido inconsciente.

139 Nuestra vida civilizada exige una actividad de la consciencia concentrada y dirigida y, de este modo, corre el riesgo de una excesiva separación de lo inconsciente. Porque cuanto más capaz sea uno de distanciarse de lo inconsciente mediante un funcionamiento dirigido, antes podrá formarse una contraposición análogamente intensa que, si consigue abrirse camino, puede traer consecuencias desagradables.

140 A través de la terapia analítica hemos adquirido una gran convicción de la importancia de las influencias inconscientes y aprendido tanto para la vida práctica que consideramos imprudente esperar, tras la denominada finalización del tratamiento, una eliminación o paralización de lo inconsciente. Partiendo de un oscuro conocimiento de esta situación, muchos pacientes no se deciden, o sólo lo hacen con dificultad, a dejar el análisis, a pesar de que tanto al paciente como al médico esa sensación de dependencia les resulte molesta e impropia. Algunos tienen verdadero miedo a intentarlo y arreglárselas por su cuenta, pues saben por propia experiencia que lo inconsciente puede volver una y otra vez a perturbar su vida de manera aparentemente imprevisible.

141 Antes se suponía que los pacientes estaban preparados para hacer una vida normal cuando ya habían aprendido tanto autoconocimiento práctico como para estar en condiciones, por ejemplo, de entender sus propios sueños. La experiencia, sin embargo, ha demostrado que incluso los médicos analistas, de los que cabría esperar el dominio de la interpretación de los sueños, a menudo capitulan ante sus propios sueños y tienen que recurrir a la ayuda de un colega. Así que si incluso el profesional, del que se supone que debería dominar este método, se revela incapaz de interpretar satisfactoriamente sus propios sueños, menos aún cabe esperarlo del paciente. La esperanza que depositó Freud en poder agotar todas las posibilidades de lo inconsciente no se ha cumplido. La vida de los sueños y las intrusiones de lo inconsciente continúan su curso —*mutatis mutandis*— ajenas a todo.

142 Existe un prejuicio muy generalizado que concibe el análisis como una especie de «cura» que uno tiene que soportar con resignación durante una temporada hasta que le den de alta. Se trata de un error propio de profanos que tiene su origen en los primeros tiempos del psicoanálisis. Ciertamente, el tratamiento analítico puede ser considerado como un reajuste de la actitud psicológica realizado con ayuda del médico. Y también es cierto que esta nueva actitud adquirida, que responde mejor a las condiciones internas y externas, puede ser suficiente durante un tiempo; pero hay muy pocos casos en los que una única «cura» haya tenido un éxito duradero. El optimismo médico, que como es sabido nunca ha escatimado en publicidad, se las arregla siempre para dar cuenta de curaciones definitivas. No hay que dejarse desconcertar por lo «humano demasiado humano» de quien practica la medicina, sino que conviene tener siempre presente que la vida de lo inconsciente continúa y que, por lo tanto, seguirá engendrando una y otra vez situaciones problemáticas. Tampoco es necesario que seamos pesimistas; no en vano hemos tenido ocasión de contemplar muchos éxitos, obtenidos unos a base de suerte y otros a raíz de un trabajo minucioso. Pero eso no nos impide tener en cuenta que el análisis no es ninguna «cura» que se haga de una vez por todas sino más bien un reajuste más o menos minucioso. Lo que no existe, sin embargo, es un cambio que se mantenga durante un plazo de tiempo muy largo. La vida se renueva una y otra vez. Es cierto que existen actitudes colectivas extremadamente duraderas que posibilitan soluciones típicas de los conflictos. También lo es que una actitud colectiva sirve para que el individuo se adapte fácil-

mente a la sociedad. Sin embargo, la dificultad del paciente radica precisamente en que su situación individual no se deja adaptar fácilmente a una norma típica, sino que requiere una solución individual del conflicto, si lo que se pretende es conservar la capacidad de enfrentarse a la vida del conjunto de la personalidad. Ninguna solución racional puede satisfacer este cometido, y no existe absolutamente ninguna norma colectiva que pueda sustituir a una solución individual sin algún perjuicio.

143 La nueva actitud adquirida a través del análisis acaba por resultar tarde o temprano insuficiente en algún aspecto. Y dado el constante fluir de la vida, que exige continuas adaptaciones, esta insuficiencia es necesaria, pues no hay reajuste que sirva para siempre. No obstante, se podría formular la pretensión de que el método del tratamiento fuera de tales características que, a lo largo de la vida, se pudieran efectuar reorientaciones sin ninguna dificultad. Y hasta cierto punto así es, como demuestra la experiencia. A menudo vemos que los pacientes que han pasado por un análisis detenido, más tarde, cuando se someten a reajustes, se encuentran con muchísimas menos dificultades. Pero aun así, esas dificultades siguen siendo bastante frecuentes y, en ocasiones, bastante molestas. De ahí que a menudo incluso aquellos pacientes que han pasado por un tratamiento minucioso se dirijan de nuevo a su antiguo médico en busca de ayuda. En comparación con la práctica general de la medicina, esto no tiene nada de particular; sin embargo, no sólo desmiente cierto entusiasmo terapéutico poco recomendable, sino también la idea de que el análisis supone una «cura» a la que basta con someterse una sola vez. Al fin y al cabo, es muy improbable que alguna vez pueda existir una terapia del tipo que sea que elimine para siempre todas las dificultades. El hombre necesita tener dificultades, pues forman parte de su salud. Es sólo la magnitud desproporcionada de tales dificultades lo que resulta superfluo.

144 La cuestión terapéutica fundamental no es sólo cómo eliminar la dificultad momentánea, sino también cómo enfrentarse con éxito a las futuras dificultades. La pregunta que debe uno plantearse es: ¿Qué clase de actitud mental y moral hace falta para enfrentarse a las influencias perturbadoras de lo inconsciente, y cómo se le puede transmitir esa actitud al paciente?

145 La respuesta, obviamente, estriba en eliminar la separación entre consciencia e inconsciente. Esto no se hace condenando parcialmente los contenidos de lo inconsciente mediante una decisión consciente, sino antes bien reconociendo y teniendo en

cuenta el sentido que tienen aquéllos para compensar la unilateralidad de la consciencia. Pues la tendencia de lo inconsciente y la de la consciencia son los dos factores que componen la función transcendente. *Esta tendencia se llama transcendente porque posibilita orgánicamente el paso de una actitud a otra*, es decir, sin perjuicio de lo inconsciente. El método constructivo presupone conocimientos que también existen, al menos potencialmente, en el paciente y que, por ese motivo, pueden ser despertados a la consciencia. Si el médico no conoce estas posibilidades tampoco podrá sacar nada del paciente en este aspecto, a no ser que entre los dos se dediquen a estudiar esta cuestión en profundidad, lo que sin embargo no suele ser recomendable.

146 En la práctica será el médico adecuadamente preparado quien transmita la función transcendente al paciente, ayudándolo a unir la consciencia a lo inconsciente de tal manera que pueda adoptar una actitud nueva. En esta función del médico radica uno de los distintos significados de la *transferencia*: con ella, el paciente se aferra a la persona que parece prometerle una renovación de su actitud; por medio de la transferencia, el paciente intenta adquirir esa transformación que para él es esencial, aun en el caso de no ser consciente de ello. De ahí que el médico tenga para el paciente el carácter de una figura imprescindible y absolutamente necesaria para vivir. Por muy infantil que pueda parecer esta dependencia, expresa sin embargo una expectativa de suma importancia para el paciente, el cual, si ve truncadas sus esperanzas, no es raro que se lo pague al médico con un odio cerval. Por eso resulta interesante saber cómo es esa expectativa oculta en la transferencia, ya que se tiende a concebir esa exigencia sólo desde el punto de vista reductivo, en el sentido de una fantasía erótica infantil. Eso supondría que esa fantasía, que normalmente hace referencia a los padres, fuera interpretada al pie de la letra, como si el paciente o, mejor dicho, su inconsciente volviera a tener o siguiera teniendo esa expectativa tal y como la tenía de niño respecto a sus padres. Por su apariencia externa, la expectativa es la misma que tenía el niño en relación con la ayuda y la protección de los padres; pero, entretanto, el niño se ha convertido en un adulto, y lo que en el niño era normal, en el adulto es impropio: Expresa metafóricamente el desamparo —no materializado en la consciencia— en una situación de apuro. Históricamente, es correcto remitirse al eros infantil para explicar el carácter erótico de la transferencia. Pero con ello no se entienden ni la finalidad ni el sentido de la transferencia, y la interpretación como fantasía sexual infantil nos aparta del ver-

dadero problema. La comprensión de la transferencia no hay que buscarla en sus premisas históricas, sino en su finalidad. La unilateral explicación reductiva se vuelve absurda, en particular, cuando ya no se saca nada nuevo de ella, salvo una mayor resistencia por parte del paciente. El aburrimiento que se apropia entonces del tratamiento no es sino la expresión de la monotonía y de la pobreza de ideas... no de lo inconsciente, como en ocasiones se ha supuesto, sino del analista, que no entiende que estas fantasías han de ser interpretadas desde un punto de vista no sólo concretista-reductivo, sino ante todo constructivo. Desde esta perspectiva constructiva, muchas veces cambia de repente la situación de bloqueo.

147 Mediante el tratamiento constructivo de lo inconsciente, es decir, preguntándose por el sentido y por la finalidad, se ponen los cimientos para la comprensión de ese proceso que denominó función transcendente.

148 No estaría de más intercalar aquí un comentario acerca de una objeción que se ha oído con frecuencia: que el método constructivo es sugestión. Este método ciertamente se basa en que el símbolo (es decir, la imagen onírica o la fantasía) ya no es valorado *semióticamente*, es decir, como signo de los procesos instintivos elementales, sino *simbólicamente*, entendiendo por «símbolo» una expresión que reproduce de la mejor manera posible una situación compleja y todavía no comprendida con claridad por la consciencia. A través de la descomposición analítica de esta expresión, sólo se consigue explicar sus componentes elementales originarios. Con ello no se pretende negar que una mayor comprensión de los elementos tenga, hasta cierto grado, también sus ventajas; sin embargo, pasa por alto la cuestión de la finalidad. De ahí que la descomposición del símbolo en este estadio del análisis sea reprobable. El método para intentar averiguar el sentido insinuado por el símbolo es en principio el mismo que el de la descomposición analítica: se recogen las ocurrencias del paciente, que por lo general son suficientes incluso para ser utilizadas sintéticamente. Su aplicación también se efectúa en un sentido simbólico, no semiótico. La pregunta es la siguiente: ¿A qué sentido aluden las ocurrencias A, B, C, etc., contempladas junto al contenido manifiesto del sueño?

149 Una paciente soltera soñó que *alguien le entregaba una magnífica y antiquísima espada profusamente engalanada, que había sido desenterrada de un túmulo.*

Ocurrencias de la paciente

La espada de su *padre*. Una vez la empuñó delante de ella al Sol y su brillo la dejó particularmente impresionada. Su padre era, en todos los sentidos, un hombre resuelto y voluntarioso, de temperamento fogoso y dado a las aventuras amorosas. Una espada de bronce *celta*. La paciente se jacta de su origen celta. Los celtas son temperamentales, fogosos y apasionados. Los adornos de la espada tienen un aspecto misterioso: *antigua tradición*, runas, signos de sabiduría antigua, culturas antiquísimas, patrimonio de la humanidad desenterrado de la tumba y sacado de nuevo a la luz.

Interpretación analítica

La paciente tiene un marcado complejo paterno y muchas fantasías eróticas en torno al padre, al que perdió a una edad temprana. Siempre se ponía en el lugar de la madre, aunque oponiendo una gran resistencia frente al padre. Nunca pudo conquistar a un hombre parecido a su padre; de ahí que eligiera, contra su voluntad, hombres débiles y neuróticos. También en el análisis muestra una fuerte resistencia contra el médico-padre. El sueño desentierra su deseo del «arma» del padre. Una anticipación teórica aludiría aquí sin más a una fantasía fálica.

Interpretación constructiva

Es como si la paciente necesitara un arma así. Su padre tenía el arma. Era un hombre resuelto y vivía de acuerdo con ello, asumiendo también las dificultades de su temperamento, por lo que, aunque llevaba una vida agitada y turbulenta, no estaba neurótico. El arma es un antiguo patrimonio de la humanidad que yacía enterrado en la paciente y que sale a relucir gracias a la labor de desenterramiento (análisis). El arma está relacionada con la inteligencia y la sabiduría. Es un instrumento de ataque y de defensa. El arma del padre era una voluntad apasionada e inflexible con la que se abría paso a través de la vida. La paciente, hasta entonces, era lo contrario en todos los sentidos. Ahora se da cuenta de que las personas también pueden tener voluntad y no necesitan ir a la deriva, como ella había creído siempre. La voluntad basada en la sabiduría de la vida y en la inteligencia es un viejo patrimonio de la humanidad que también ella posee, pero que hasta ahora estaba enterrado, pues incluso en este aspecto es la hija de su padre, de lo que hasta ahora, por ser una niña mimada y por su modo de ser llorón e infantil, no se había dado cuenta. La paciente era extremadamente pasiva y vivía entregada a las fantasías sexuales.

150 En este caso no hizo falta que el médico aportara más analogías. De las asociaciones de la paciente se había obtenido todo lo necesario. A este tratamiento del sueño se le puede objetar que está basado en la sugestión. Pero entonces se olvida completamente que una sugestión para la que no existe ninguna predisposición interna nunca es admitida, o si lo es después de mucho insistir se desvanece de inmediato. Una sugestión admitida durante un largo periodo de tiempo responde siempre a una fuerte predisposición psicológica, que sencillamente es desencadenada por la denominada sugestión. De ahí que esta objeción sea irreflexiva, pues atribuye a la sugestión una fuerza mágica que en modo alguno posee; si así fuera, la terapia sugestiva sería de una eficacia sin precedentes y convertiría los procedimientos analíticos en absolutamente superfluos. Aparte de eso, la objeción de la sugestión no tendría en cuenta el hecho de que las propias ocurrencias de la paciente aluden al significado cultural de la espada.

151 Tras esta digresión, volvamos a la cuestión de la función transcendente. Vemos que durante el tratamiento la función transcendente parece, por así decir, artificialmente provocada, puesto que está muy respaldada por la ayuda del médico. Sin embargo, si el paciente llegara a valerse por sí mismo, con el tiempo podría prescindir de la ayuda externa. Lo ideal sería que fuera capaz de interpretar sus sueños, pues son el instrumento ideal para hacer una síntesis de los datos inconscientes y conscientes; pero la dificultad práctica de analizar uno mismo sus propios sueños es demasiado grande.

152 Para utilizar la función transcendente necesitamos los datos de lo inconsciente. En principio, el sueño se revela como la expresión de los procesos inconscientes a la que se accede con mayor comodidad. El sueño es, por así decirlo, un producto puro de lo inconsciente. Los cambios que experimenta el sueño durante el proceso de venir a la consciencia son indudables, pero no merecen demasiada atención, ya que también ellos son de procedencia inconsciente y, por lo tanto, no son desfiguraciones deliberadas. Los posibles cambios respecto a la imagen original del sueño provienen de un estrato más superficial de lo inconsciente y, por esta razón, constituyen un material inconsciente igualmente aprovechable. Son *postinvenciones* basadas en el sueño. Lo mismo cabe decir de las frecuentes imágenes adicionales que «emergen libremente» en el dormirse o nada más despertarse. Puesto que el sueño procede del dormir, acusa asimismo todas las características del *abaissement du niveau*

mental (Janet), es decir, la escasa tensión energética: discontinuidad lógica, fragmentación, creación de analogías, asociaciones superficiales de naturaleza lingüística, acústica y formal, contaminaciones, irracionalidad de la expresión, confusión, etc. Con una mayor tensión energética, los sueños adquieren un carácter más ordenado, adoptan una composición dramática, muestran un sentido más claro y coherente, incrementando el valor de sus asociaciones.

153 Del mismo modo que la tensión energética generalmente es muy escasa mientras se duerme, así también los sueños, en comparación con los contenidos de la consciencia, son expresiones pobres de los contenidos inconscientes, cuyo aspecto constructivo, a diferencia del reductivo, es muy difícil de comprender. De ahí que los sueños sean, por lo general, un material poco apropiado o difícilmente aprovechable para la función transcendente, ya que casi siempre exigen demasiado del sujeto.

154 Tendremos, pues, que recurrir a otras fuentes como, por ejemplo, las interferencias inconscientes en el estado de vigilia, las denominadas «ocurrencias libremente emergentes», los trastornos inconscientes de la conducta, los engaños de la memoria, los olvidos, las conductas sintomáticas, etc. Estos materiales, la mayor parte de las veces, son más valiosos en el aspecto reductivo que en el constructivo; son demasiado fragmentarios y carecen de una coherencia más o menos larga, que para la comprensión del sentido es imprescindible.

155 No ocurre lo mismo con las *fantasías espontáneas*, que casi siempre surgen con una forma relativamente estructurada y coherente y suelen estar cargadas de significados evidentes. Algunos pacientes tienen la facultad de producir fantasías en cualquier momento, simplemente suspendiendo la atención crítica para que «emerjan libremente». Estas fantasías son aprovechables, pero ese don especial no es demasiado frecuente. Mediante una práctica adecuada, sin embargo, se puede desarrollar esa facultad, de tal manera que aumente considerablemente el número de personas con esa capacidad para crear fantasías. El entrenamiento consiste, en primer lugar, en practicar sistemáticamente la suspensión de la atención crítica, con lo que se produce un vacío de la consciencia que favorece la aparición de las fantasías listas para emerger. Para ello se parte de la base de que efectivamente haya fantasías cargadas de libido que estén listas para emerger, cosa que no ocurre siempre, en cuyo caso haría falta tomar medidas especiales.

156 Antes de pasar a exponer estos métodos especiales, tengo

que comentar que me da la **impresión de** que tal vez el lector se pregunte dubitativo para qué son necesarios en realidad todos esos preparativos y por qué hay que sacar a relucir a toda costa los contenidos inconscientes. ¿No bastaría con que ellos mismos, de vez en cuando, se hicieran —molestamente, la mayor parte de los casos— perceptibles por sus propios medios? ¿Por qué sacar a relucir a la fuerza lo inconsciente? ¿Acaso no sería preferible, como objetivo del tratamiento analítico, lo contrario, es decir, vaciar de fantasías lo inconsciente y, de este modo, dejarlo inactivo?

157 No creo que esté de más considerar con cierto detenimiento estas reflexiones, ya que los métodos para que los contenidos inconscientes despierten a la consciencia pueden parecer nuevos e inusuales, y quizá también extraños. De ahí que, como primera medida, tengamos que ocuparnos de estas objeciones naturales para que no nos supongan un estorbo cuando pasemos a exponer los métodos mencionados.

158 Como ya se ha dicho, para ampliar los contenidos conscientes necesitamos los inconscientes. Si la actitud consciente sólo estuviera escasamente «dirigida», lo inconsciente podría abrirse paso por sus propios medios, como les ocurre a todas aquellas personas cuya tensión consciente no parece alcanzar grados superiores, por ejemplo los primitivos. En este caso, no hace falta tomar medidas especiales para acceder a lo inconsciente; es más, en cierto sentido nunca hay que tomar medidas especiales con ellos, pues quien menos conoce su lado inconsciente más influido está por él, sólo que sin ser consciente de ello. La secreta cooperación de lo inconsciente en la vida está presente siempre y en todas partes, por lo que no es necesario buscarla. Lo que se busca es despertar a la consciencia los contenidos inconscientes que estén en vías de influir en nuestra conducta; de este modo, lo que se evita es precisamente la secreta intromisión de lo inconsciente y sus desagradables consecuencias.

159 Es cierto que uno puede preguntarse: ¿Por qué no se le puede dejar a lo inconsciente abandonado a sí mismo? Quien todavía no haya tenido malas experiencias en este aspecto naturalmente no buscará ningún motivo para controlar lo inconsciente. Pero quien haya pasado por esas experiencias dará la bienvenida a la mera posibilidad de controlar lo inconsciente. La direccionalidad es una necesidad imprescindible del proceso consciente, pero, como ya hemos visto, implica una unidireccionalidad inevitable. Dado que la psique es un aparato autorregulador, como el cuerpo vivo, lo inconsciente tiene siempre

preparado el correspondiente contraefecto regulador. Si no existiera la direccionalidad de la función consciente podrían entrometerse sin más las influencias opuestas de lo inconsciente. Pero es precisamente la direccionalidad la que las excluye, aunque naturalmente no anula el contraefecto, que se produce de todos modos. La influencia reguladora del contraefecto es eliminada, sin embargo, por la atención crítica y por una voluntad consciente de su propósito, ya que el contraefecto como tal no parece encajar en la direccionalidad consciente. En ese sentido, la psique del hombre civilizado ya no es un aparato autorregulador, sino algo comparable a una máquina cuya regulación automática de la velocidad es, por una parte, tan insensible que puede continuar su actividad hasta perjudicarse a sí misma, y, por otra, está sometida a la intromisión de una arbitrariedad unilateral.

160 Si se suprime el contraefecto inconsciente, éste pierde su influencia reguladora. Entonces empieza a producir un efecto acelerador e intensificador sobre la direccionalidad del proceso consciente. Es como si el contraefecto perdiera su influencia reguladora y, en general, su energía, pues surge un estado en el que no sólo parece no tener lugar ningún contraefecto inhibitorio, sino que la energía de éste parece sumarse a la de la direccionalidad consciente. Esto lo facilita, en primer lugar, la realización del propósito consciente, el cual, sin embargo, al no estar inhibido, puede luego imponerse desproporcionadamente a costa del conjunto. Si alguien, por ejemplo, sostiene una opinión un poco osada, y lo hace suprimiendo el contraefecto, es decir, la duda pertinente, con mayor motivo —aun en perjuicio propio— insistirá en su afirmación.

161 La facilidad con que se elimina el contraefecto se corresponde con el grado de disociabilidad de la psique y da lugar a la pérdida del instinto, lo cual es característico —y también necesario— del hombre civilizado, ya que los instintos primarios dificultan considerablemente la adaptación social. En todo caso, no se trata de una verdadera atrofia de los instintos, sino por lo general sólo de un producto de la educación relativamente duradero que, si no sirviera para satisfacer importantes intereses del individuo, nunca arraigaría de ese modo.

162 Para no hablar de los ejemplos cotidianos que surgen en la práctica, mencionaré el caso Nietzsche tal y como se manifiesta en *Así habló Zaratustra*. El descubrimiento del hombre «superior» y del «más horrible» responde a la regulación inconsciente, ya que los hombres «superiores» quieren reducir a Zaratustra a

la esfera de la humanidad **adocenada**, y el hombre «más horrible» es la mismísima personificación del contraefecto. Sin embargo, el «león moral» de Zaratustra, con sus rugidos, devuelve todas estas influencias, sobre todo la compasión, a la caverna de lo inconsciente. De este modo, queda anulada la influencia reguladora, pero no el secreto contraefecto de lo inconsciente, que se manifiesta con toda claridad en los escritos de Nietzsche. Este busca primero al adversario en Wagner, al que no puede perdonarle su *Parsifal*, pero toda su ira se centra enseguida en el cristianismo y, especialmente, en san Pablo, con cuya vida coincidió en algunos aspectos. Como es sabido, la psicosis le llevó, antes que nada, a identificarse con el «Crucificado» y con el despedazado Zagreo. Con esta catástrofe salió a relucir el contraefecto.

163 Otro ejemplo es ese caso clásico de delirios de grandeza que se ha conservado en el cuarto capítulo del *Libro de Daniel*. Cuando Nabucodonosor se hallaba en la cúspide del poder, tuvo un sueño que le presagiaba una desgracia si no se humillaba. Daniel interpretó el sueño muy profesionalmente, pero nadie le hizo caso. Los acontecimientos posteriores, sin embargo, dieron la razón a su interpretación, pues Nabucodonosor, tras haber eliminado la influencia reguladora inconsciente, sucumbió a una psicosis que contenía precisamente ese contraefecto al que el rey había querido sustraerse: él, el dueño del mundo, se convirtió en un animal.

164 Un conocido mío me contó una vez un sueño *en el que se caía al vacío desde la cima de una montaña*. Le expliqué un poco la influencia de lo inconsciente y le dije que tuviera cuidado con las escaladas demasiado arriesgadas, a las que era muy aficionado. Pero él se rió de mí, con el resultado de que, al cabo de unos meses, efectivamente sufrió una caída mortal.

165 Estas cosas, que ocurren una y otra vez con todas las variantes posibles, le dejan a uno —al que las experimenta— pensativo y toma consciencia de lo fácil que es no tener en cuenta las influencias reguladoras. Así pues, habría que esforzarse en no pasar por alto la regulación inconsciente, tan necesaria para nuestra salud mental y física. Con tal motivo, hay que procurar valerse de la autoobservación y de la autocritica. Pero la mera autoobservación y el simple autoanálisis intelectual son recursos insuficientes para establecer el contacto con lo inconsciente. Aunque al hombre no le faltan nunca experiencias desagradables, todo el mundo teme arriesgarse a cualquiera de ellas, en especial si cree ver la más mínima posibilidad de eludirla. La

tendencia a evitar cuanto antes lo desagradable es completamente legítima. Y el conocimiento de las influencias reguladoras, en muchos casos, puede efectivamente ayudar a eludir las malas experiencias innecesarias. No es necesario dar rodeos cuando éstos no están marcados por una irritación especial, sino por dificultades fatigosas, como ocurre con frecuencia. Basta con que demos rodeos y nos perdamos en terreno desconocido e inexplorado; pero extraviarse en las amplias avenidas de un terreno habitado es sencillamente indignante. Esto se puede evitar mediante el conocimiento de los factores reguladores. La pregunta que se plantea ahora es la siguiente: ¿Cuáles son las posibilidades y los recursos de los que disponemos para el conocimiento de lo inconsciente?

166 Si no contamos con una producción espontánea de fantasías habrá que valerse de un artificio. El motivo por el que se necesita recurrir a una ayuda de estas características deriva normalmente de un estado de ánimo deprimido o con algún otro tipo de alteración, del que no se haya podido constatar una razón suficiente. Naturalmente, dicho estado de ánimo suele tener motivos racionales en abundancia. Ya el simple hecho de que haga mal tiempo es una razón suficiente. Pero ninguna de estas razones es satisfactoria como explicación, dado que una explicación causal de estos estados de ánimo sólo es satisfactoria —aunque a medias— para el que está fuera. Éste se conforma con una relativa saturación de su necesidad de causalidad; le basta con saber a qué se debe ese estado, pues él no siente las exigencias del que padece la depresión. Al afectado le interesa mucho menos que le respondan a la pregunta del porqué que a la del para qué o a la del remedio. En la intensidad del trastorno afectivo reside el valor, es decir, la energía que el afectado debería tener disponible para remediar el estado de adaptación mermada. Reprimiendo este estado o desvalorizándolo racionalmente no se consigue nada.

167 Para lograr apoderarse de esa energía que se halla en un lugar impropio, se toma el estado afectivo como base o punto de partida del procedimiento. Como más consciencia se toma del propio estado de ánimo es sumergiéndose por completo en él y fijando por escrito todas las fantasías y demás asociaciones que vayan surgiendo. Hay que dejar volar la imaginación lo más libremente posible, aunque no hasta el punto de que se salga del ámbito de su objeto, es decir, del afecto; no se debe, pues, seguir haciendo asociaciones hasta el infinito. La denominada «asociación libre» pasa por alto el objeto y nos lleva hacia

unos complejos de los que no se sabe con certeza si se refieren al afecto o si constituyen desplazamientos que lo suplantán. De este procedimiento resulta una expresión más o menos completa del estado de ánimo, la cual reproduce concreta o simbólicamente el contenido de la turbación. Dado que ésta no tiene su origen en la consciencia, sino que supone una inoportuna interferencia por parte de lo inconsciente, la expresión resultante es, por así decir, una imagen de los contenidos y tendencias de lo inconsciente incluidos *in globo* en la turbación. El procedimiento supone una especie de enriquecimiento e ilustración del afecto y hace que éste se aproxime a la consciencia junto con sus contenidos. De este modo, el afecto adquiere expresividad, por lo que al mismo tiempo se vuelve comprensible. Este efecto puede ya por sí solo ejercer una influencia favorable y estimulante. En cualquier caso, se crea una situación nueva en la que el afecto, hasta entonces inconexo, se convierte en una idea más o menos clara y articulada, y ello gracias al buen recibimiento y a la cooperación por parte de la consciencia. Esto supone el inicio de la función transcendente, a saber, la colaboración entre los datos inconscientes y los conscientes.

168 El trastorno afectivo también puede dilucidarse de otra manera, no ya intelectualmente, pero sí al menos gráficamente. Los pacientes que estén dotados para la pintura o el dibujo pueden expresar el afecto mediante una *imagen*. No se trata de realizar una representación técnica o estéticamente satisfactoria, sino de dejar volar la imaginación y hacer lo que buena-mente se pueda. En principio, este procedimiento coincide con el anteriormente descrito. También en este caso se crea un producto de influencia inconsciente y consciente que encarna el esfuerzo de lo inconsciente por salir a la luz y, simultáneamente, la aspiración de la consciencia a la substancia.

169 Pero a menudo hay casos en los que no existe ninguna turbación afectiva claramente definida, sólo un malestar general indefinido e incomprensible, un sentimiento de resistencia a todo, una especie de aburrimiento o de tedio de carácter indefinible, o algo así como un vacío de difícil explicación. En estos casos, no existe ningún punto de partida determinado, sino que antes habría que crearlo. Aquí hace falta una particular introversión de la libido, tal vez incluso respaldada por unas condiciones externas favorables, como la tranquilidad absoluta, en especial de noche, que es cuando la libido tiene de por sí una tendencia a la introversión. «Es de noche... Ahora es cuando

hablan más alto las fuentes saltarinas, y también mi alma es una fuente saltarina», como dice Nietzsche*.

170 La atención crítica ha de ser eliminada. Los visualmente capacitados deberán concentrar sus *expectativas* en que se produzca una imagen interna. Por regla general, se producirá tal imagen de la fantasía (tal vez hipnagógica), que habrá de ser minuciosamente examinada y fijada por escrito. Los que están capacitados para lo acústico-lingüístico suelen oír palabras en su interior. Al principio, quizá sólo sean fragmentos de frases aparentemente sin sentido que, sin embargo, también habrán de ser detenidamente contemplados y fijados por escrito. Hay quienes en esos momentos sólo perciben su «otra» voz: no pocos poseen una especie de crítico o juez interior que juzga su conducta. Los enfermos mentales oyen esa voz en forma de alucinaciones en voz alta. Pero también las personas normales con una vida interior algo desarrollada pueden reproducir sin dificultad esa voz inaudible. Sin embargo, como suele ser molesta y rebelde, casi siempre la reprimen. Como es natural, a estas personas no les resulta difícil establecer la relación con el material inconsciente y crear así la condición previa para la función transcendente.

171 Hay también otras personas que ni ven ni oyen en su interior, pero cuyas *manos* tienen la facultad de expresar contenidos de lo inconsciente. Tales personas se valen provechosamente de materiales plásticos. Son relativamente escasos aquellos cuyas capacidades motrices posibilitan que lo inconsciente se manifieste a través del *movimiento*, como por ejemplo el baile. El inconveniente de que los movimientos no se puedan fijar por escrito ha de ser compensado dibujando después tales movimientos con todo detalle para que no desaparezcan de la memoria. La *escritura automática*, directamente o con la plancheta, es aún más rara, pero igualmente aplicable. Este procedimiento ofrece asimismo resultados muy aprovechables.

172 Abordemos ahora la cuestión de qué hacer con el material acumulado mediante alguno de los métodos descritos. Para esta pregunta no existe una respuesta a priori, ya que sólo se obtiene una reacción —provisional, pero que determina todo lo sucesivo— una vez que se ha confrontado la consciencia con los productos de lo inconsciente. Sólo la experiencia práctica puede dar información al respecto. En lo que alcanza mi experiencia,

* Así habló Zaratustra, «La canción de la noche», p. 159.

me da la impresión de que existen dos tendencias diferentes: una está orientada a la *creación* y la otra a la *comprensión*.

173 Cuando pesa más el *principio creativo*, los materiales obtenidos son transformados, ampliados y sometidos a una especie de condensación de los motivos en símbolos más o menos estereotipados, que estimulan la imaginación creativa y que principalmente actúan como motivos estéticos. Esta tendencia da origen al problema estético de la *creación artística*.

174 Cuando, por el contrario, pesa más el *principio de la comprensión*, el aspecto estético interesa relativamente poco y, a veces, incluso resulta un impedimento; sin embargo, se establece una relación muy estrecha con el *significado* del producto inconsciente.

175 Mientras que la creación estética tiene tendencia a aferrarse al aspecto formal del motivo, la comprensión intuitiva se propone con frecuencia atrapar el sentido al vuelo, a partir de las meras —e insuficientes— alusiones que ofrece el material, sin tener en cuenta aquellos elementos que habrían salido a relucir si se hubiera procedido con más cuidado.

176 Estas dos tendencias no se manifiestan por un acto arbitrario, sino que son el resultado de la personalidad individual. Ambas tienen sus riesgos, es decir, sus típicos errores y desvíos. El peligro de la tendencia estética es la sobrevaloración de lo formal, es decir, del valor «artístico» de las creaciones producidas, con lo que la libido es desviada de su verdadero objetivo, la función transcendente, hacia problemas creativos puramente estético-artísticos. El peligro de la voluntad de comprensión es la sobrevaloración del aspecto del contenido, el cual es sometido a un análisis y a una interpretación intelectuales, por lo que se pierde el carácter esencialmente simbólico. Hasta cierto punto, sin embargo, sí hay que hacer estos desvíos, para así satisfacer las exigencias estéticas o las intelectuales, según cuáles predominen en cada caso individual. Pero el peligro de ambos desvíos merece ser destacado, ya que la sobrevaloración de las creaciones producidas por lo inconsciente a partir de un punto determinado del desarrollo psíquico suele ser muy grande debido a la previa infravaloración, igualmente enorme, de tales productos. Dicha infravaloración es uno de los mayores impedimentos para la creación de materiales inconscientes, pues revela el desprecio colectivo de los productos individuales: nada es bueno o bello si no encaja en el esquema colectivo. Ciertamente, el arte contemporáneo empieza a hacer intentos de compensar este aspecto. Lo que falta no es el reconocimiento colectivo del producto indivi-

dual, sino su apreciación subjetiva, es decir, la comprensión de su significado y de su valor *para el sujeto*. El sentimiento de inferioridad con respecto al propio producto, naturalmente, no es algo general; y tampoco es raro lo contrario, es decir, una sobrevaloración ingenua y acrítica con pretensiones de un reconocimiento colectivo obligado. Cuando se supera el inicialmente entorpecedor sentimiento de inferioridad es fácil caer en lo contrario, a saber, en una sobrevaloración igualmente grande. En el caso contrario, la sobrevaloración inicial se transforma a menudo en un escepticismo desvalorizante. El error de estos juicios radica en la falta de independencia y en la inconsciencia del individuo, que o bien sólo sabe medir en valores colectivos o bien, como consecuencia de una inflación del yo, pierde por completo el juicio.

177 Una de las vías parece ser el *principio regulador de la otra*: ambas guardan entre sí una relación compensatoria. La experiencia le da la razón a esta fórmula. Si desde ahora mismo queremos sacar conclusiones generales, podemos decir que la creación estética precisa de la comprensión del sentido y viceversa. De este modo, se complementan las dos tendencias de la función transcendente.

178 Los primeros pasos de las dos vías obedecen al mismo principio: la consciencia presta sus medios de expresión al contenido inconsciente; más no debe dar la consciencia, para que los contenidos inconscientes no se desvíen en la dirección de la consciencia. En lo que respecta a la forma y al contenido, la dirección ha de dejarse a cargo de la ocurrencia supeditada a lo inconsciente. Esta situación supone un retroceso —percibido como penoso— del punto de vista consciente, lo cual es fácil de entender, si se tiene en cuenta cómo suelen presentarse los contenidos de lo inconsciente: como cosas que o bien son por naturaleza demasiado débiles para traspasar el umbral de la consciencia, o bien son incompatibles y quedan excluidas por múltiples razones. La mayoría de las veces son contenidos irracionales —en parte, inoportunos y, en parte, inesperados—, cuya no contemplación o represión resulta comprensible sin más. Sólo una pequeña parte de los contenidos tiene un valor inusual desde el punto de vista colectivo o desde el subjetivo. Los contenidos que colectivamente carecen de valor pueden ser de un gran valor desde una perspectiva individual. Este hecho se manifiesta a través de la acentuación afectiva, independientemente de si ésta es percibida por el sujeto como algo positivo o negativo. También la sociedad discrepa en cuanto a la acogida

de ideas nuevas y desconocidas que afecten a su emocionalidad. El objetivo del procedimiento inicial es el hallazgo de *contenidos sentimentalmente acentuados*, ya que se trata siempre de situaciones en las que la unilateralidad de la consciencia choca con la resistencia de la esfera de los instintos.

179 Las dos vías no se dividen hasta que una se rige por el aspecto estético y la otra, en cambio, por el aspecto intelectual y moral. El caso ideal sería una yuxtaposición proporcionada o una alternancia rítmica de ambas posibilidades. La una sin la otra parece algo casi imposible, aunque a veces la encontremos en la experiencia: a costa del sentido, la voluntad creativa se apodera del objeto, o bien la voluntad comprensiva se impone anticipadamente a la creación. Los contenidos inconscientes tienden a manifestarse primero con claridad, cosa que sólo pueden hacer a través de la creación, y sólo pueden ser juzgados después, una vez que se han comprendido todos sus «enunciados». Por esta razón, el propio Freud hacía que los contenidos de los sueños se enunciaran, por así decir, en forma de «asociaciones libres», antes de ser interpretados.

180 No en todos los casos es suficiente con explicar el contexto conceptual del contenido de un sueño. A menudo se impone la necesidad de ilustrar los contenidos imprecisos mediante una creación visible, como por ejemplo el dibujo, la pintura o el modelado. Muchas veces las manos son capaces de descifrar un enigma que la inteligencia no ha sabido resolver. A través de la creación, en el estado de vigilia se puede rastrear el sueño y aportar más detalles del mismo, de tal manera que lo que inicialmente parecía fortuito, incomprensible y aislado, queda integrado en la esfera del conjunto de la personalidad, aunque de un modo todavía inconsciente para el sujeto. La creación estética se da por satisfecha con eso y renuncia a intentar descubrir un sentido. De ahí que algunos pacientes se crean artistas (naturalmente, desconocidos). La voluntad de comprensión que renuncia a una creación concienzuda comienza con una burda ocurrencia, por lo que carece de una base suficiente. Si, en cambio, empieza por crear un producto, hay cierta probabilidad de éxito. Cuanto menos se elabore el material de partida, mayor será el peligro de que la comprensión no esté determinada por la situación empírica, sino por prejuicios teóricos y morales. La comprensión de la que se trata en esta etapa radica en la construcción del sentido que hipotéticamente parece albergar la primera ocurrencia.

181 Está claro que un procedimiento de estas características sólo

se puede llevar a cabo legítimamente si existe suficiente motivo. Únicamente se puede dejar la dirección a cargo de lo inconsciente si en él está viva la voluntad de dirección. Esto, sin embargo, solamente ocurre cuando la consciencia se halla en alguna situación de apuro. Si se consigue proporcionar una forma creativa al contenido inconsciente y entender el sentido de lo creado se plantea entonces la cuestión de cómo se comporta el yo con respecto a esta situación. Así da comienzo la *relación entre el yo y lo inconsciente*. Ésta es la segunda —y la más importante— parte del procedimiento, la aproximación de los opuestos, así como el origen y el inicio de una tercera parte: la función transcendente. En esta tercera etapa, la dirección ya no está en manos de lo inconsciente sino del yo.

182 Aquí no se trata de definir el yo individual, sino de dejarlo como está, en su banal realidad, como ese centro de continuidad de la consciencia de cuya presencia se tiene constancia desde los tiempos de la infancia. Frente a él hay una circunstancia psíquica, un producto que debe su existencia a sucesos principalmente inconscientes y que, por ese motivo, en cierto modo se halla en oposición al yo y a su tendencia.

183 Este punto de vista es esencial para cualquier relación con lo inconsciente. El yo ha de perseverar en su equivalencia frente a lo inconsciente, y viceversa. Esto supone tanto como una advertencia necesaria; pues del mismo modo que la consciencia del hombre civilizado ejerce sobre lo inconsciente un efecto restrictivo, así también un nuevo reconocimiento de lo inconsciente suele ejercer un efecto francamente peligroso sobre el yo. Igual que el yo anulaba antes lo inconsciente, así también un inconsciente liberado puede arrinconar al yo y sobreponerse a él. El peligro consiste en que el yo «pierda la serenidad», es decir, que ya no sepa defender su existencia frente al embate de los factores afectivos, una situación que a menudo se da al comienzo de una esquizofrenia. Sin embargo, este peligro no existiría —o sí, pero en menor medida— si la relación con lo inconsciente pudiera hacer desaparecer la dinámica de los afectos. Y esto es lo que normalmente se intenta a través de la estetización o de la intelectualización de la posición contraria. Pero la relación con lo inconsciente ha de abarcar todos los aspectos, pues la función transcendente no es un proceso parcial que pueda transcurrir con algún tipo de limitación, sino un suceso global en el que están comprendidos o, mejor dicho, han de estar comprendidos todos los aspectos. De ahí que el afecto tenga que ser utilizado en todo su valor. Aunque la estetización

y la intelectualización son magníficas armas contra los afectos amenazadores, sin embargo sólo pueden aplicarse cuando se trata de una amenaza vital, y no para sustraerse a una obligación.

184 Gracias al minucioso análisis de Freud, el tratamiento de la neurosis cuenta con la existencia del factor emocional en toda su amplitud, de modo que la personalidad puede ser rigurosamente contemplada como un todo, lo que es válido para ambas partes, tanto paciente como médico. Hasta qué punto puede éste escudarse en la teoría sigue siendo una delicada cuestión discrecional. En cualquier caso, el tratamiento de la neurosis no es una cura termal psicológica, sino una renovación de la personalidad que afecta a todos y cada uno de los aspectos de la vida. La relación con el opuesto es una cuestión grave de la que suelen depender muchas cosas. Tomarse en serio a la otra parte constituye un requisito indispensable de la relación. Sólo por eso los factores reguladores pueden influir en la conducta. Ese tomárselo en serio no significa al pie de la letra, sino dar crédito a lo inconsciente, ofrecerle la posibilidad de cooperar para evitar un trastorno automático de la consciencia.

185 Así pues, en la relación no sólo está legitimado el punto de vista del yo, también a lo inconsciente se le otorga su autoridad correspondiente. Aunque el que dirige la relación es el yo, también se le concede la palabra a lo inconsciente: *audiatur et altera pars*.

186 Donde mejor se comprueba cómo se puede dirigir esa relación es en aquellos casos donde se percibe la «otra» voz más o menos claramente. Para este tipo de gente resulta técnicamente muy sencillo fijar por escrito la «otra» voz y responder a su enunciado desde el punto de vista del yo. Es como si se entablara un diálogo entre dos personas con igualdad de derechos: una cree a la otra capaz de formular un argumento válido y, por ese motivo, merece la pena aunar o diferenciar claramente los puntos de vista opuestos mediante comparaciones y discusiones concienzudas. Pero dado que el camino hacia la unificación rara vez es directo, hay que soportar por regla general un largo conflicto que exige sacrificios por ambas partes. Una relación de esta clase podría también darse entre médico y paciente, y lo más probable sería que al primero le tocara desempeñar el papel de abogado del Diablo.

187 Es alarmante comprobar lo poco capacitado que está el ser humano para aceptar los argumentos del otro, a pesar de ser esa capacidad la condición básica indispensable de toda comunidad humana. Con esa dificultad general ha de contar todo aquel que

se disponga a entablar una relación consigo mismo. En la misma medida en que no acepte al otro, tampoco concederá el derecho a la existencia al «otro» que hay dentro de sí mismo, y viceversa. La capacidad para el diálogo interior es un baremo para medir la objetividad exterior.

188 Si en el caso del diálogo interno la relación puede ser bien sencilla, indudablemente será más complicada en el caso en que sólo haya productos gráficos: quien los entienda verá en ellos un lenguaje elocuente, al que no los entienda le parecerá un material sordomudo. Ante tales creaciones es el yo el que tiene que tomar la iniciativa y plantearse la siguiente pregunta: «¿Qué influencia ejerce este signo sobre mí?». Esta pregunta fáustica puede provocar una respuesta esclarecedora. Cuanto más inmediata y espontánea sea, más valiosa, pues la inmediatez y la espontaneidad garantizan una globalidad aproximada de la reacción. Para ello no es requisito imprescindible tomar consciencia de cada uno de los fragmentos de la relación. Es más, ocurre con frecuencia que una reacción global no cuenta de antemano con esos presupuestos, puntos de vista y conceptos que harían posible una versión clara. En tal caso hay que conformarse con el sentimiento que la sustituye: silencioso, pero muy elocuente, y más valioso que cualquier palabrería, por muy sensata que parezca.

189 La fluctuación de argumentos y afectos es lo que constituye la función transcendente de los opuestos. La confrontación de las posiciones supone una tensión cargada de energía que engendra algo vivo, una tercera cosa, que no nace como algo muerto, conforme a la lógica del principio *tertium non datur*, sino que es un movimiento progresivo que emana de la suspensión de los opuestos, un nacimiento vivo que da lugar a una nueva etapa del ser, a una nueva situación. La función transcendente se revela como un atributo de los opuestos que se han aproximado entre sí. Mientras se mantienen alejados —naturalmente, con el fin de evitar un conflicto—, no funcionan y están en punto muerto.

190 Parezcan lo que parezcan los opuestos en cada caso individual, en el fondo se trata siempre de una consciencia desorientada y aferrada a la unilateralidad, enfrentada a la imagen de la total libertad instintiva. La contemplación del antropoide y del hombre arcaico, por una parte con su mundo instintivo supuestamente desinhibido, y por otra con su mundo ideológico en tantos aspectos ignorado, nos saca de la oscuridad compensando y corrigiendo nuestra unilateralidad, y nos muestra cómo y

dónde nos hemos alejado del **modelo** deformándonos psíquicamente.

191 Aquí me conformo con describir las formas externas y las posibilidades de la función transcendente. Otra tarea de mayor interés sería la descripción de los *contenidos* de la función transcendente. Aunque ya hay bastante material al respecto, quedan todavía sin embargo por eliminar todas las dificultades de su descripción. Aún es necesario realizar una serie de trabajos preliminares para crear la base abstracta sobre la que asentar una descripción clara y comprensible de tales contenidos. Por desgracia, la experiencia me dice que hasta el momento el público científico en general no está aún en condiciones de seguir tales reflexiones y descripciones psicológicas, ya que adoptan una postura demasiado personal o interponen el prejuicio filosófico-intelectual, lo cual imposibilita una apreciación ecuánime de los aspectos psicológicos. El personalmente afectado juzga siempre de manera subjetiva, declarando imposible todo aquello que para él no vale o prefiere no saber. Por eso mismo es incapaz de comprender que lo válido para él, para otra persona con una psicología diferente en determinadas circunstancias no vale en absoluto. En cualquier caso, todavía estamos a años luz de un esquema aclaratorio de validez universal.

192 Resulta un gran impedimento para la comprensión psicológica la curiosidad indiscreta de querer saber si el aspecto psicológico en cuestión es «verdadero» o «cierto». Si la descripción no está tergiversada o incluso falseada el hecho es válido tal y como es, y demuestra su validez por su mera existencia. ¿Acaso el ornitorrinco es una invención «verdadera» o «cierta» de la voluntad creadora? Igualmente pueril es el prejuicio contra el papel que desempeñan los presupuestos mitológicos en la vida de la psique. Como no son «verdaderos», opinan algunos, no tienen cabida en una explicación científica. Los mitologemas *existen* aunque sus aparentes enunciados no coincidan con nuestra inconmensurable noción de «verdad».

193 Puesto que la relación con el opuesto tiene un carácter global, nada queda excluido. Todo se somete a discusión, aunque sólo se disponga de fragmentos conscientes. La consciencia es permanentemente ampliada por la contraposición de los contenidos hasta entonces inconscientes; o, mejor dicho, podría ser ampliada si quisiera esforzarse por su integración. Naturalmente, esto no ocurre siempre, ni mucho menos. Aunque exista la suficiente inteligencia como para comprender el planteamiento, puede faltar valor o confianza en uno mismo, o se puede ser

intelectual y moralmente demasiado perezoso o cobarde como para hacer el esfuerzo. Pero cuando se dan los necesarios presupuestos la función transcendente constituye no sólo un valioso complemento del tratamiento psicoterapéutico, proporciona además al paciente la nada despreciable ventaja de hacer por sus propias fuerzas una importante contribución al esfuerzo médico, lo que le llevará a no depender completamente —de una forma a menudo humillante— del médico y de sus conocimientos. Es una manera de liberarse gracias al propio esfuerzo y de cobrar valor para adentrarse en uno mismo.